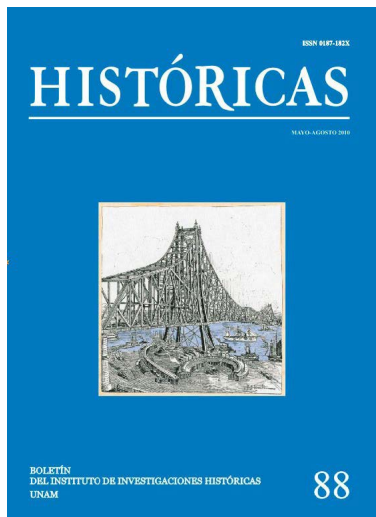




Artículo: El primer francés en el noroeste de México: los relatos de Gabriel Ferry

Autor(es): Vidargas del Moral, Juan Domingo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 88

Año: 2010

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Vidargas del Moral, Juan Domingo.

"El primer francés en el noroeste de México: los relatos de Gabriel Ferry" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 88 (2010): p. 22-34. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3553>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

El primer francés en el noroeste de México. Los relatos de Gabriel Ferry

Juan Domingo Vidargas del Moral

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Al iniciarse la vida independiente de México también comenzó una silenciosa invasión de “viajeros”, así llamados genéricamente, provenientes de todos los rincones de Europa y de la recién surgida república de los Estados Unidos de América. De ese grupo de mercaderes, aventureros, científicos y diplomáticos, me ocuparé de uno de los primeros franceses que recorrió muchas regiones de México y escribió sobre diversos temas y escenarios, aunque dedicó buena parte de su obra a la región noroccidental de México.

Para ubicar a este viajero en el contexto regional, debe hacerse una pequeña introducción a los escritos de los “extranjeros” en el noroeste. Es bien sabido que durante el periodo colonial las autoridades prohibieron drásticamente la visita de cualquier individuo que no fuera súbdito del imperio español a los extensos territorios americanos. Sin embargo, el noroeste novohispano fue una de las regiones donde se registró una mayor presencia de viajeros o residentes no españoles que dejaron testimonio escrito de sus impresiones sobre la tierra. Baste con citar a Eusebio Francisco Kino, Juan Nentvig e Ignaz Pfefferkorn, entre el numeroso grupo de misioneros jesuitas no españoles, a quienes, en vista de sus prolongadas estancias en Sonora, difícilmente puede calificarse de viajeros, por mucho que su formación y acuciosidad centroeuropea confiera un carácter especial a sus escritos.

Como decíamos anteriormente, al consumarse la separación de México y España empezó el desfile de visitantes no españoles que se apuraban a explorar, reportar, sopesar, analizar, espiar y, en fin, revisar, este nuevo país, que era uno de los más grandes del mundo por esos años. En aquella época Inglaterra era la primera potencia mundial, y ya desde antes de firmarse el Tratado de Amistad y Comercio entre esa nación y México (1825) varios comerciantes y empresarios británicos habían iniciado sus actividades en este país. Respecto del noroeste mexicano hay que citar en primer término a un coronel Bourne, quien en 1825 recorrió California, Sonora, Sinaloa y Durango para presentar un reporte socioeconómico y político al embajador inglés en México, Henry G. Ward, quien a su vez lo incorporó a la obra que hoy se conoce con el título de *México en 1827*.¹ Casi al mismo tiempo recorrió el noroeste un joven teniente llamado Robert W. Hardy, quien permaneció algún tiempo más en la región ocupado en empresas particula-

¹ Henry Ward, *México en 1827*, estudio preliminar de Maty F. de Sommer, traducción de Ricardo Haas, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 788 p., mapas, ils. (Biblioteca Americana). El título en inglés es *Mexico in 1827*, obra publicada en Londres por H. Colburn en 1828. El informe de ese Bourne, secamente mencionado así, entre corchetes, está en las páginas 753 a 778 de la edición mexicana.

res, como la pesquería de perlas, y todo tipo de aventuras que luego relató en una obra titulada *Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 and 1828*.²

Mientras que el trabajo de Bourne es un reporte estadístico y semioficial incorporado a la extensa obra de Ward, el de Hardy es un relato abigarrado que contiene tanto datos estadísticos como narraciones costumbristas de sus andanzas, escritas en un tono satírico que raya en lo bufo. Me limito a estos ejemplos para dar una visión sucinta de los viajeros extranjeros que precedieron a Louis de Bellemare-Gabriel Ferry, en su visita al noroccidente de México y en sus impresiones escritas sobre esas tierras, nuevas a los ojos de estos europeos no españoles.

Louis de Bellemare, quien utilizó el seudónimo de Gabriel Ferry al desarrollar una carrera literaria en forma alterna a los negocios familiares, nació en Grenoble en 1809, al sur de Francia y al pie de los Alpes, en el seno de una familia que ostentaba títulos de nobleza y que aparentemente tenía una posición acomodada, como para tener intereses comerciales en varias partes del mundo. La familia tanteó la posibilidad de hacer negocios en México, un territorio casi inexplorado por los empresarios franceses. El barón Ferry de Bellemare,³ radicado en México poco después de la independencia, hizo venir a su hijo Louis, probablemente para que le ayudara en sus empresas mercantiles y de paso poner a prueba el temple del joven de 21 años.

Ya fuera por su cuenta o siguiendo dictados familiares de índole mercantil, viajó al puerto de San Blas, enclavado en el actual estado de Nayarit y lugar de vieja prosapia colonial, donde se embarcó en la goleta *Guadalupe*. Sabemos de su paso por Pichilingue, puerto cercano a La Paz, y luego su visita al pequeño poblado que era por entonces San Francisco, en la Nueva California, frontera extrema de la república mexicana.

No sabemos si el trayecto Pichilingue-San Francisco lo realizó en barco (muy probablemente) o a caballo (muy difícilmente) ni cómo regresó a la Antigua California, pero sí tenemos noticias de que se embarcó en algún puerto de esa provincia para cruzar el mar de Cortés y desembarcar en Guaymas. Desde ahí recorrió parte del estado de Sonora en un itinerario que incluyó las poblaciones de Hermosillo (el antiguo Pitic), Arizpe, Bacoachi y finalmente Tubac, “enclave dudoso sobre los confines de la república y el desierto”.⁴ Eventualmente regresó a la ciudad de México, 14 meses y 1 400 leguas después (7 000 kilómetros, aproximadamente) y permaneció en la república mexicana hasta 1837 recopilando información e impresiones de diversas regiones del país. Más adelante comentaremos la huella que dicha estancia dejó en su vida y obra.

² Edición original inglesa: Londres, H. Colburn y R. Bentley, 1829, 539 p., ils. La edición en español se titula *Viajes por el interior de México en 1825, 1826, 1827 y 1828*, presentación de Ernesto de la Torre Villar, traducción de Antoinette Hawayek, México, Trillas, 1997, 384 p., ils.

³ Aquí cito textualmente la información que proporciona Alberto Cue, traductor y presentador de la obra de Ferry titulada *Escenas de la vida salvaje en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2005, 336 p. (Colección Clásicos para Hoy), p. 9.

⁴ Gabriel Ferry, *Les révolutions du Mexique*, prefacio de George Sand, París, 1864, XX-255 p.

Conocemos de su presencia en España durante la década de 1840, en plena guerra carlista, y también de sus viajes por Rusia, por buena parte de Europa central y por los Estados Unidos. En 1852 residía de nuevo en Francia cuando, por su experiencia previa, fue nombrado cónsul de su país en San Francisco, que para entonces ya formaba parte de los Estados Unidos tras la guerra librada contra México en 1846 y 1847, y ya era un activo puerto mercantil, imán para aventureros de todo el mundo que acudían contagiados por la “fiebre” del oro desatada desde 1849.

Durante todas sus correrías Louis de Bellemare empezó a manifestarse como escritor con el seudónimo de Gabriel Ferry, y en el corto espacio de seis años (1846-1852) había alcanzado la fama literaria con novelas ambientadas en el México de la época de la guerra de Independencia y las primeras décadas de su vida independiente, así como en escenarios exóticos de diferentes regiones mexicanas y del río Mississippi. Siendo pues uno de los pocos franceses que conocía las regiones del Pacífico septentrional, aceptó el puesto diplomático que se le ofrecía, pero poco después de emprender el viaje rumbo a California, desde las costas de Inglaterra, se declaró un incendio en el barco y Bellemare-Ferry fue uno de los que perecieron en el naufragio, a la edad de 43 años.

Esta es, en breves líneas, la vida de Louis de Bellemare, autor de *romans* u obras noveladas —excepto una, de las que conozco—⁵ cuya principal característica fue retratar la vida mexicana en múltiples y fascinantes aspectos, con descripciones de un gran lirismo —típicas del romanticismo— sobre el paisaje en regiones tan diversas como la ciudad de México, Oaxaca, Veracruz, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Baja California y Sonora. Sus argumentos estaban apoyados en episodios heroicos de la historia de México, pues tuvo la suerte de contar con muchos testimonios de los protagonistas de estos hechos, los cuales le sirvieron de inspiración para los personajes de sus relatos de la vida mexicana, así como un tono costumbrista expresado en las reseñas de fiestas, vestimentas, giros del lenguaje y la descripción de todo tipo de ambientes sociales.

George Sand —Armandine Lucille Aurore Dupin (1804-1876)—, una de las novelistas y dramaturgas de primera línea en la Francia de mediados del siglo XIX, famosa por sus obras, por su actividad como crítica literaria y por sus tormentosos romances con destacados personajes del romanticismo, como el escritor Alfred de Musset y el músico Frédéric Chopin, se expresaba así del estilo literario de Ferry al prologar una de sus obras: “Escribe bien, es sobrio y rápido, tiene humor, ve pronto y comprende todo. Es un observador exacto y pinta con suficiente colorido”.⁶ Esta opinión de George Sand, que bien podemos hacer nuestra, tiene una gran significación y revela que Bellemare-Ferry alcanzó renombre en el ambiente literario más exigente de aquellos tiempos.

A propósito de ambientes literarios debemos señalar que conforme la artesanía editorial mejoró y se fue extendiendo la costumbre y el gusto por la lectura, el gé-

⁵ La obra citada en la nota anterior.

⁶ Gabriel Ferry, *Les révolutions du Mexique...*, p. XII.

nero novelístico fue ganando terreno hasta que en el siglo XIX alcanzó una preponderancia comparable a la que el cine y los medios electrónicos tienen hoy en día. De acuerdo con los principios del romanticismo, corriente literaria en boga de aquel tiempo, hacer exaltación de los sentimientos y romper con toda norma clásica y académica eran una necesidad, con lo que surgió toda una generación de escritores cuyas novelas eran esperadas con avidez y que inclusive creaban corrientes de opinión dentro de la mentalidad colectiva. Eugène Sue y Honoré de Balzac encabezaron esta corriente en Francia mientras que en otros países destacaron autores como Jane Austen, Walter Scott, las hermanas Brontë, Charles Dickens, Nikolai Gogol, Fedor Dostoievski, Alessandro Manzoni y muchos más.

Fue en Francia, sin embargo, donde el género tuvo una gran popularidad hasta alcanzar cumbres encarnadas en autores como Stendhal, Victor Hugo, Alexandre Dumas y Jules Verne. Los dos últimos encabezaron también un subgénero conocido como *roman feuilleton*, novela de folletín, o popular, que inclusive se publicaba en revistas y periódicos por entregas. ¡Cuántas generaciones de niños, jóvenes, y hasta adultos se iniciaron en el hábito de la lectura a través de las aventuras de *Los tres mosqueteros*, del *Conde de Montecristo* o del capitán Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*!

Así pues, estos relatos del siglo XIX estaban inscritos dentro del marco filosófico-literario del romanticismo y dirigidos a un público burgués y urbano, expectante de melodramas y aventuras, por lo que no es raro encontrar en ellos abundantes dosis de “exotismo” para contribuir a una forma de evasión en la que la realidad debía sublimarse.⁷ Si a todo esto añadimos las circunstancias político-económicas del momento histórico europeo —en pleno apogeo de la Revolución Industrial y de una nueva ola de expansionismo— podremos comprender por qué había tantos viajeros por el mundo, lo mismo dedicados a la caza de oportunidades mercantiles que al retrato de sociedades y paisajes, tanto para la diversión de sus lectores como para información de sus gobiernos.

Bellemare en México

En el transcurso de los siete años que viajó por diversas regiones de México, Louis de Bellemare atesoró una serie de impresiones sobre las costumbres y los paisajes de la recién nacida república, que entremezcló con una serie de entrevistas realizadas a personas que vivieron los últimos tiempos de la dominación española y el surgimiento del México independiente. Todo ello constituyó el material que utilizó para dar forma a por lo menos cinco obras de ensayo y relatos de viaje, dos novelas formales y una obra de corte historiográfico que fueron escritas en la década de 1840 a 1850 y que hemos localizado en algunas bibliotecas de la ciudad

⁷ *La novela popular. Antología de Sue, Dumas, Verne*, estudio preliminar, selección y notas de Jorge B. Rivera, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981, 164 p. (Biblioteca Básica Universal, 140).

de México (especialmente la Biblioteca Nacional), las cuales enumeramos a continuación con una breve noticia editorial:

Escenas de la vida mexicana, Barcelona [¿1860?].

Escenas de la vida mexicana en 1825, introducción y nota biográfica de Germán Liszt Arzubide, México, Secretaría de Educación Pública, 1945, 87 p. Este pequeño libro, perteneciente a la valiosa Biblioteca Enciclopédica Popular de la SEP, fue el primer contacto que tuve con los escritos de Ferry gracias a los esfuerzos de Liszt Arzubide, quien reeditó la obra en 1974 con el título *La vida civil en México según Gabriel Ferry*, patrocinado por el Departamento del Distrito Federal y en la cual la paginación subió a 111 p.

Escenas de la vida militar en México, París, 1909, 326 p.; México, 1945, 274 p.; México, 1959, 326 p. Todas las ediciones son iguales en contenido, sólo varía la paginación según el formato.

Le coureur des bois ou les chercheurs d'or, 2 v., París, 1856. Sobre esta extensa novela, cuya trama se ubica en la Sonora de 1830, Liszt Arzubide publicó un fragmento de un capítulo en su edición de 1945 y en 1997 la Universidad de Sonora, en su Colección Alforja del Tiempo/3, me confirió el honor de seleccionar otros textos (seis capítulos traducidos por Mario Cuevas Arámburo) y elaborar el estudio introductorio y las notas pertinentes en una edición de 146 páginas cuyo título es *El cazador nómada o los buscadores de oro*. Acerca de esta obra haremos otros comentarios más adelante por su interés para la ambientación de Sonora.

Les révolutions du Mexique, prefacio de George Sand, París, 1864, [s. e.], XX-255 p. Esta obra es de corte historiográfico y en ella presenta descripciones y comentarios de personajes y acontecimientos históricos de Nueva España/México. El prefacio de George Sand es además muy valioso por los datos biográficos y los comentarios literarios acerca de Louis de Bellemare-Gabriel Ferry.

L'indien costal ou le dragon de la reine: scènes de la guerre d'indépendance au Mexique, París, Bouret, 1908. Otra novela, ambientada en la región oaxaqueña con el trasfondo histórico de la Independencia.

Les squatters; la clairière du bois des hogues, París, 1858, 259 p. La acción de esta novela se desarrolla esencialmente en la región del río Mississippi.

Existen otras dos obras registradas con su correspondiente ficha en la Biblioteca Nacional que no pudieron ser consultadas por haber desaparecido del acervo bibliográfico: *Impressions de voyages et aventures dans le Mexique et la Haute Californie et les régions de l'or*, Bruselas, 1851, 410 p., y *Vagabond life in Mexico*, Nueva York, 1856, 344 p. La segunda podría ser la versión inglesa de cualquiera de las obras mencionadas, pero la primera prometía ser una obra original y novedosa, o al menos interesante para estudiar temas mexicanos, especialmente del noroeste.

Escenas de la vida salvaje en México, traducción y presentación de Alberto Cue, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2005, 336 p. Felizmente hace poco apareció esta obra, cuyo título en francés, que data de 1847, es *Scènes de la vie sauvage au Mexique*, con relatos novelados sobre los pescadores de perlas del golfo de California y personajes sonorenses que podríamos calificar como “marginales”.

Era necesario hacer esta breve relación de las obras de Bellemare-Ferry para apreciar el conocimiento que tenía del noroeste mexicano, especialmente de Sonora, desde época muy temprana. Varios escritores franceses se ocuparon de esta región, pero Bellemare tuvo la precedencia física y cronológica de visitarla e incluso puede aventurarse la hipótesis de que sus relatos contribuyeron a reforzar la imagen de una Sonora fabulosamente rica en metales preciosos. Después de él viajaron a Sonora diplomáticos y empresarios, varios de ellos espías encubiertos con ambiciones expansionistas o bien desechados y desengañados de la California de la fiebre del oro. Cada uno de ellos contribuyó a incrementar las expectativas francesas acerca de Sonora hasta culminar en la expedición filibustera del conde Raousset-Boulbon, entre 1852 y 1854, y después con la intervención de Napoleón III para apoyar el efímero imperio de Maximiliano de Habsburgo.⁸

Dejemos de lado esa cara oscura de la divulgación literaria y de vuelta a la obra de Ferry debemos apuntar que, si bien sus textos resultan atractivos para cualquier lector por la agilidad de su prosa y la intensidad de sus relatos, que inclusive llegaban a caer en el lirismo, son especialmente interesantes para los historiadores, pues se preocupaba permanentemente por hacer referencias históricas donde involucraba a personajes y acontecimientos de la época. Esto era evidente, por obvias razones, en retratos de personajes y en relatos de viajes y costumbres, pero incluso en sus dos novelas ambientadas en México —*El indio costal* y *El cazador nómada*— hay continuos guiños y alusiones a situaciones políticas, nacionales y regionales.

La trama de la primera novela se desarrolla durante la guerra de Independencia en la región oaxaqueña y en ella se hacen constantes menciones de los caudillos insurgentes y de las características de la guerra contra la dominación española. Sobre la segunda novela, ambientada en el espacio geográfico de lo que hoy es el norte de Sonora, Arizona y territorios aledaños, y sobre la cual trataremos de algunos aspectos por separado, no podemos dejar de mencionar aquí la participación de un personaje caracterizado como “senador” sonorense que tenía su residencia

⁸ Una buena obra sobre las correrías de Raousset-Boulbon y donde además se recopilan textos de autores franceses que acompañaron al filibustero, o reseñaron sus acciones, se titula *Un folletín realizado: la aventura del conde de Raousset-Boulbon en Sonora*, edición y prólogo de Margo Glantz, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 173 p. (Colección Sepsetentas, 75). Todavía no se ha trabajado formalmente sobre varios autores franceses, como Dufлот de Mofrás, por ejemplo, que escribieron reseñas sobre México en general y especialmente sobre el noroeste, las cuales deben ser estudiadas con cuidado por ser antecedentes de un plan intervencionista, aunque se encubrían bajo máscaras científicas o literarias.

en Arizpe, así como la descripción de la guerra librada en forma permanente contra las incursiones de los grupos indígenas nómadas en la frontera norte.

No cabe duda de que su estancia de siete años en México, aparentemente el periodo más largo que radicó en cualquier país fuera de su patria, le inspiró la parte más abundante de su producción literaria. Aparecen retratados en sus historias los más variados paisajes mexicanos, ya sean los de la ciudad de México y su entorno —hoy nos parece increíble la descripción del panorama que se observaba desde las torres de la catedral metropolitana—, o los de las lagunas costeras de Oaxaca, las agrestes serranías de Jalisco y Nayarit, “las aguas limpias y transparentes” del golfo de California o los enormes espacios abiertos de Sonora.

A través de sus escenas de la vida mexicana, plasmadas en sus obras de ensayos, puede apreciarse que conoció a todo tipo de personajes de la sociedad nacional y que, en general, guardó una impresión amable de ellos, algo distinta de la dureza de conceptos expresada por viajeros británicos, alemanes, norteamericanos u otros franceses. Esto no quiere decir que estuviera exento de manifestar la convicción de que el “ser” europeo implicaba una superioridad intrínseca sobre una raza mestiza muy lejana de ostentar prendas morales, culturales, intelectuales y físicas que permitieran el adelanto general del nuevo país y el individual de sus habitantes.

Mucho podría escribirse de sus andanzas por el México central o de sus relaciones con todo tipo de personas que le dieron información e inspiración para sus obras, pero queremos concentrarnos en su visión del noroeste de México. Esto significa repasar con mayor amplitud las impresiones de Louis de Bellemare del viaje que realizó a California y a Sonora y que se encuentran contenidas, según ya mencionamos, en el prefacio a *Les révolutions du Mexique*.

Al desembarcar en Guaymas, la primera impresión que tuvo de Sonora fue macabra, pues en las afueras del puerto pasó ante los cadáveres de siete indios —probablemente de la etnia seri—, colgados de varios árboles (algunos del cuello, otros de las piernas o brazos), cuyos cuerpos habían sido mutilados y a quienes habían colocado en sus manos grandes macanas de palo fierro (una madera muy dura, similar al mezquite); también estaban sin cuero cabelludo, y aunque el sol había cauterizado sus heridas y endurecido y secado la piel, habían sido festín de los buitres y de otras bestias. Bellemare se preguntó si “había tenido ante mis ojos un terrible ejemplo de sangrientas represalias o la huella de una agresión injusta por parte de los blancos”, reflexión que mucho honra su criterio de hombre abierto al análisis de todo tipo de circunstancias.

Proseguía su relato comentando que los caminos eran áridos y “abrasados por la reverberación de un sol insoportable” para llegar a Hermosillo (hasta hacía poco llamado Pitic), que ya empezaba a destacar como un centro urbano de mayor importancia en el estado, lugar en el que presencié lo que llamó “extrañas” escenas de contrabando, de las que desafortunadamente no da más datos. Ahí se reencontró con un senador mexicano, de quien no proporciona el nombre, que había conocido en la ciudad de México y del cual aceptó la proposición de viajar juntos a Arizpe —población a la que se refiere como la capital del estado—,

aunque hacía tiempo que era fuertemente cuestionada por su alejamiento de las principales rutas mercantiles y su casi inexistente desarrollo urbano.⁹ Ahí se hospedó en la casa del senador, quien trató de disuadirlo de viajar más hacia el norte, objetivo que no logró, por lo que al menos decidió proporcionarle un guía. Este multicitado senador fue probablemente el inspirador de uno de los personajes de la novela *Le coureur des bois* o *El cazador nómada*, la novela que albergó sus recuerdos de Sonora.

Durante este viaje al norte, en un poblado abandonado, Bellemare relata un encuentro con un cazador “canadiense” que hablaba francés, que vestía con pieles y quien le causó tal impresión que después fue el modelo para otro de los personajes principales de *El cazador nómada*. Por esos años, segundo tercio del siglo XIX, no era raro que aparecieran cazadores y tramperos estadounidenses, anglo y franco-canadienses en las montañas Rocallosas y en la costa del Pacífico septentrional, pero no era fácil que llegaran tan al sur y tal vez eso explique cómo influyó ese encuentro en la concepción de la novela.

Bellemare-Ferry continuó su recorrido hasta llegar a Bacoachi, donde se explotaban por entonces unas minas de oro, “las más ricas de Sonora”, donde fue testigo de los trabajos para extraer el áureo metal y que también le inspiraron seguramente parte de los relatos de *Escenas de la vida salvaje en México*.¹⁰ Su guía se despidió ahí y continuó el viaje solo: el “desierto” estaba sólo a 20 leguas (100 kilómetros aproximadamente) y describe cómo iba cambiando el paisaje, desnudándose de árboles y matorrales, mientras aparecían cactus, colinas quebradas y dilatados horizontes. Su relato se puebla de tinieblas, bestias feroces e indios merodeadores, mucho de ello tal vez provocado por una fiebre intermitente (¿paludismo, malaria?) que probablemente contrajo en San Blas, famoso por su insalubridad. Afectado en su salud y atormentado por el calor y la sed, Bellemare olvidó todas las recomendaciones y se extravió, pero un jinete providencial, como los de sus novelas, lo condujo a salvo a una hacienda.

Ferry relata que se trataba de una hacienda llamada La Noria, que probablemente sea la hacienda del Venado de la novela y la describe como una fortaleza “construida con grandes piedras, tenía terrazas almenadas, grandes puertas, barras de fierro en las ventanas y era fácilmente defendible contra depredadores”. Ahí presencié la destreza de vaqueros domadores de caballos y participó en cacerías con otros dos huéspedes de la hacienda. Con el permiso y la ayuda de sus anfitriones

⁹ Sergio Ortega Noriega e Ignacio del Río (coordinadores), *Tres siglos de historia sonorense (1530-1830)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, 502 p., mapas, cuadros (Serie Historia Novohispana, 49), p. 294. En esta obra yo fui el autor del capítulo dedicado al Estado Interno de Occidente y en él consigno cómo, durante las dos décadas posteriores a la consumación de la Independencia, la capital del Estado Interno de Occidente, primero, y del estado de Sonora, después, tuvo diversas sedes como El Fuerte, Álamos, Cosalá, Hermosillo, Arizpe y Ures, debido a pugnas internas entre grupos políticos y por levantamientos indígenas. En alguno de esos vaivenes, y seguramente por influencia del sudodicho senador, Bellemare consigna que Arizpe era la capital del estado.

¹⁰ Sergio Ortega e Ignacio del Río (coordinadores), *Tres siglos de historia sonorense...*, p. 294, y *Escenas de la vida salvaje en México*, p. 141 y siguientes.

reemprendió camino y al fin llegó a su meta original, Tubac, poblado “situado en la ribera del San Pedro” [sic, posiblemente se refiere al Santa Cruz] que, según su descripción, tenía dos calles transversales, unas pocas casas con ventanas y un cañón, pero que sobre todo representaba el último asomo de población, ubicado en el umbral del desierto.

Acerca de este desierto expresa la opinión de que debía ser considerado más bien una pradera, una extensísima sabana ornada de corrientes de agua y vegetación, muy distinta al desierto africano. A pesar de su corta estancia en la región tuvo la suerte de contemplar grandes manadas de bisontes y numerosas recuas de mulas que transportaban barras de plata y se palpa en sus idílicas descripciones un asombro por la sensación de inmensidad para su visión europea. Eventualmente Bellemare regresó a la ciudad de México por la ruta central del Camino Real de Tierra Adentro y, según comentaba, sólo le quedó como recuerdo de sus aventuras un par de espuelas y un sarape.

La novela sonorensa de Bellemare-Ferry

Según puede apreciarse, muchas de las vivencias de Louis de Bellemare en Sonora fueron trasladadas al argumento de *El cazador nómada*, novela escrita por Gabriel Ferry aproximadamente una década después, y no podemos dejar de preguntarnos cuánto de lo experimentado fue recreado al hacer el *roman* en Francia. Aun así, resulta una valiosa fuente para rescatar descripciones de paisajes y lugares, de ambientes domésticos y rurales, de vestimentas y costumbres, de muchas cosas íntimas o aparentemente intrascendentes que devienen fundamentales para conformar el perfil de los hombres y las mujeres de hace dos siglos que vivieron en ese espacio geográfico que apenas comenzaba a llamarse noroeste de México.

El título en francés de la obra es *Le coureur des bois ou les chercheurs d'or*, que traducido literalmente al castellano es “El corredor de los bosques o los buscadores de oro”. Cuando Germán Liszt Arzubide publicó por primera vez en México, en 1945, un fragmento de un capítulo de la novela, decidió traducirlo como *El cazador nómada*, y por respeto a su labor bibliográfica de rescatar para los lectores mexicanos del siglo XX la obra de Bellemare-Ferry se decidió mantener el mismo título en la selección de capítulos publicados por la Universidad de Sonora. Además, sin pretender señalarlo como un error, apunto que es una traducción libre y no desacertada, aunque en todo caso incompleta como orientación para los lectores.

Ese *coureur des bois* sería equivalente al de *trapper* o *mountain man* de los angloamericanos, que a su vez podría equivaler en castellano a los términos de trampero, explorador o también cazador. Se refiere pues a esos hombres que se lanzaban a recorrer los territorios casi inexplorados de América del Norte para cazar animales de pieles preciosas, o al menos de gran demanda en el mundo “civilizado”, y frío, de Europa y Estados Unidos. Estos aventureros avanzaron paulatinamente desde los Grandes Lagos y el Mississipi hacia el oeste desde

principios del siglo XVIII y no sólo como empresarios particulares sino también como exploradores que transmitían a sus gobiernos todo tipo de información geográfica y económica. Al comenzar el siglo XIX ya merodeaban por las posesiones españolas, luego brevemente mexicanas, y fueron la punta de lanza de la avalancha humana que inundaría las praderas décadas después.

La forma de vida y el atuendo de estos hombres ya han sido descritos en numerosas ocasiones y son ampliamente conocidos a través de la literatura y la cinematografía en nuestros días, pero al inicio del siglo XIX eran el ejemplo clásico del hombre audaz de ese tiempo que se veía immortalizado por autores como Gabriel Ferry, por lo que es natural que para llamar la atención del público titulara así su novela. También la segunda parte del título, “los buscadores de oro”, apelaba a esa eterna fascinación de la humanidad por el metal precioso más escaso del planeta; pero llama en especial la atención que Ferry lo presentara tan tempranamente en el ámbito europeo con referencia al noroeste mexicano o al oeste norteamericano, cuando apenas se vislumbraba el inicio de la fiebre del oro en California. Esto tuvo que ser consecuencia de su experiencia directa en las minas y los placeres sonorenses del áureo metal, casi la única región de México donde podía encontrarse. La imagen de los gambusinos —término por cierto de difícil localización en los diccionarios de español, francés e inglés— tenía una fuerte resonancia en la sociedad europea.

Hay que mencionar que la edición de la novela que consultamos en la Biblioteca Nacional de México consta de más de 600 páginas, contenidas en dos volúmenes. La anécdota principal, el hilo conductor del relato alrededor del cual se van entretejiendo todas las historias de *El cazador nómada*, es la organización, el progreso y el eventual desenlace de una expedición para localizar y explotar un fabuloso yacimiento de oro localizado en un territorio más allá de la frontera habitada —es difícil precisar si hacia el oeste, cerca de la confluencia del Gila y el Colorado, o hacia el este, en el nacimiento del Gila y la cercanía del Bravo— y para lo cual, desde luego, había que prevenirse del peligro de los apaches. Los ires y venires de los personajes, en medio de todo tipo de aventuras, tiene como telón de fondo esa vasta planicie poblada de arbustos espinosos, de cactus y de esporádicas corrientes y ojos de agua que daban vida a refrescantes manchones de vegetación a lo largo del predominante tono amarillo o rojizo del terreno.

Para resumir la historia, digamos que la expedición llega a su destino sin beneficiarse económicamente de ello, debido al tenaz acoso de una partida de guerreros apaches que acaba con las ilusiones y la vida de la mayoría de los aventureros. Sin embargo, los villanos de la historia reciben el justo y adecuado castigo por sus acciones malintencionadas y sus oscuras ambiciones, mientras que los héroes alcanzan la recompensa que merecen por su honestidad, generosidad y perseverancia contra la avalancha de calamidades padecidas. El héroe recobra la identidad de su noble estirpe, que le ha sido ocultada, y obtiene el amor de la bella y virtuosa hija de Sonora que en algún momento parecía inalcanzable; Bois Rosé, el cazador nómada que albergaba la ilusión de que el joven héroe

se convirtiera en su hijo adoptivo y compartiera su estilo de vida, tiene que resignarse ante la inevitable felicidad de su protegido y cabalgar hacia otros horizontes en busca de lugares poco o nunca recorridos por otros hombres.

Se trata pues de una trama típica del romanticismo, repleta de pasiones exacerbadas, paisajes exóticos (para los europeos) y continuas aventuras. Para nosotros lo más importante son las minuciosas y coloridas descripciones de personas, paisajes, vestidos, costumbres, flora y fauna. Para cualquier lector, y espero que también para los historiadores, es muy revelador saber cómo hablaban o vestían, qué casas habitaban, de cuáles animales se servían o se defendían, y de tantos otros pequeños detalles ocultos en el rígido formato de los documentos oficiales o en la relajada redacción de las correspondencias privadas.

La imagen que proporciona la mirada curiosa y la pluma ágil de un hombre ajeno a la región, expresada a través de una obra de ficción que le permite gran libertad de narración, ilumina vivamente los pequeños e íntimos detalles de la vida cotidiana que normalmente son pasados por alto en los relatos dedicados a explicar la realidad. Lo que podemos rescatar para la historiografía de *El cazador nómada* o de *Escenas de la vida salvaje en México*, ambos relatos ubicados en el entorno del golfo de California durante la primera mitad del siglo XIX, son las minuciosas descripciones de rasgos físicos, los giros del lenguaje, los *modus vivendi* de los californios y los sonorenses, los detalles de las vestimentas y de mobiliarios, los tipos y hábitos de alimentación, los retratos de paisajes que son un reto para cualquier capacidad de descripción.

Como botón de muestra, así describe Ferry la hacienda de un rico sonoreense:

La hacienda del Venado, como todas las construcciones de esta especie situadas en las fronteras indias y por consecuencia expuestas a las incursiones de las hordas errantes de estos desiertos, era una especie de ciudadela, así como una casa de campo, hecha con ladrillos y piedras talladas, coronada con una terraza almenada; protegida con macizas puertas podía sostener un sitio de parte de enemigos más expertos en estrategia que las tribus de apaches cercanas [...]. En uno de sus ángulos se elevaba un campanario de piedra de cantería igualmente, pero de tres pisos y que coronaba la capilla perteneciente a la hacienda. Este campanario podía, aun en caso de que el principal cuerpo de habitaciones hubiera sido forzado, ser un asilo casi inexpugnable. Por último, fuertes estacadas, compuestas de postes y troncos de palmeras, rodeaban el conjunto entero, así como las de uso común destinadas a servir de habitación a los servidores de la hacienda, a los vaqueros y a los huéspedes subalternos que, de tránsito, venían de tiempo en tiempo a solicitar una estadía pasajera.

Eso era el exterior de la hacienda a la que rodeaba un caserío de los “trabajadores a sueldo y familias enfeudadas [sic] a la hacienda y quienes en los días de peligro podían venir, reforzando su guarnición habitual a buscar asilo y protección”.

Con respecto al interior de la casa hay detalles interesantes acerca del mobiliario y las frutas de la tierra. Esto es lo que relata Ferry:

Era una amplia sala en la cual una corriente de aire, practicada según el uso de los países calientes, mantenía una frescura continua; finos tapetes de China, curiosamente trabajados, cubrían las baldosas, compuestas de anchas piedras calizas, y otros tapetes, aún más estupendamente realizados, servían de persianas a las ventanas [...]. Las paredes, blanqueadas con cal, estaban realzadas por algunos raros grabados encuadrados en marcos dorados; poltronas de cuero, repisas en ángulo sobre las cuales repisas de plata ofrecían a los fumadores carbones cubiertos de ceniza blanca, sillas y un canapé de bejuco de hechura angloamericana componían todo el mobiliario.

Sobre una mesa de madera de bálsamo pulido tinajas porosas servían para refrescar el agua que contenían. Grandes tajadas de sandía ofrecían sobre un ancho plato de plata su encarnado fruto que un sabroso jugo adornaba con rosadas perlitas. Pitahayas expandían el púrpura subido de sus granos al lado de las sandías y granadas semiabiertas [...]

Aparece en estos párrafos la referencia de objetos procedentes de muy diferentes lugares: objetos decorativos y tapetes de China, canapés o sillones de bejuco procedentes de Nueva Inglaterra, todos traídos por navegantes que desde medio siglo atrás habían empezado a importar productos manufacturados de mejor calidad y precio a esas provincias norteenas tan supuestamente vigiladas y tan mal abastecidas por la antigua metrópoli ibérica y la nueva república.

Otro aspecto interesante de sus retratos es la gente, como cuando describe dos jinetes que llegan a la hacienda:

El primer jinete era el amo de la hacienda. Su atuendo se componía de un sombrero de paja de Guayaquil, de una camisa de blanca y fina batista, sin chaqueta, y pantalón de terciopelo con botones de oro y ajustado de las caderas; el otro era el capellán de la hacienda, un reverendo monje franciscano con hábito azul, atado con cordones de seda, y quien al cabalgar llevaba la sotana enrollada por encima de sus botas de montar, dotadas con largas y sonoras espuelas, y un sombrero gris, arrogantemente ladeado, que daba al franciscano un aire más soldadesco que monástico.

Del rico hacendado no sorprende la lujosa vestimenta, pero la del fraile sí llama la atención y confirma de cierta manera lo que ya se apuntaba en muchos documentos oficiales acerca de la mundana y casi relajada conducta de los misioneros en aquellas regiones. Resulta imprescindible incluir aquí la descripción que hace Bellemare-Ferry de la hija del hacendado, Rosario, que confirma la fama de la belleza de las mujeres sonorenses difundida por todo tipo de visitantes de aquella tierra:

En estas alejadas provincias el tipo andaluz se ha debilitado generalmente, pero no ha perdido nada de su distinción y, por feliz contraste la pureza de este tipo se juntaba a la lozanía de las hijas del norte. Las rosadas mejillas de la hija de don Agustín

resaltaban aún más el brillo de sus ojos negros; a la corona de cabellos de ébano que adornaba su cabeza, el tórrido sol no había robado nada a la blancura de su colorido. En una palabra, sus manos, sus pies, su talla, su sesgo, que, según la expresión andaluza, "derrama sal y perdona vidas", se juntaba en ella a la riqueza de la sangre europea.

Este encendido elogio, donde se filtra buena parte del sentimiento de supremacía europea, fue repetido una y otra vez por viajeros de distintas nacionalidades y los que procedían de otras regiones y otros tiempos, Vasconcelos incluido.

Es imposible repetir aquí las largas y poéticas descripciones del paisaje noroccidental mexicano que realiza el escritor francés. Tanto las del desierto, con sus diferentes matices, como las marinas del golfo de California, donde además ofrece detalles que quienes nos veníamos dedicando al estudio histórico de estas regiones sólo podíamos imaginar, resultan de gran utilidad para entender la vida, las actitudes y los motivos de la gente "menuda" que vivía en aquellas regiones: vaqueros, pescadores de perlas, hechiceros de ambos sexos, contrabandistas, soldados, caciques. Hay mucho que aprovechar para el relato histórico de lo que se expone en la lírica prosa del escritor y viajero.

Las letras de Louis de Bellemare-Gabriel Ferry nos permiten compartir con ese joven hombre, nacido al pie de los Alpes, la visión del agreste noroeste mexicano de hace casi dos siglos. Hoy queda todavía algo de aquel ambiente, como mucho permanece también del paisaje descrito por Ferry, con todo lo cual nos identificamos en grado sumo quienes nos hemos acercado por las circunspectas letras de la historia a esas tierras generosas. □



Tandis que les autres, les iâches,
Ceux qui turbinent tout le temps,
Comme des bestiaux à leurs tâches,